

EL SR. LERDO DE TEJADA.

Soy el menos á propósito para hablar de Lerdo. Cuando lo conocí ya era Presidente de la República; es decir, ya casi no era nada. Los primeros retratos de él que llegaron á mis manos, fueron los que salían en las páginas del *Ahuizote*. . . . aquel semanario que, como D. Sebastián, murió sin dejar familia, porque no se casó, ni tuvo hijos, ni, en consecuencia, nietos. Soplaban por aquel entonces vientos de fronda, como dirían los que han aprendido historia y frases en los *Tres Mosqueteros*. D. Sebastián, como su santo patrono, aquel á quien asaetearon los gentiles, estaba acribillado de alfileres, ó lo que es lo mismo, de epigramas. Él, impasible, resistía el chubasco, como quien desdeña el presente, porque ya es dueño del pasado, y porque está seguro del porvenir.

Cuando oí que los periódicos le llamaban «el solitario de Windsor,» la frase me pareció exacta. Yo tenía, para mí que Lerdo había sido un solitario. Atravesaba solo en su victoria, forrada de azul, las calles de Plateros y de San Francisco, para ir al paseo. Solo y á pie recorría, al caer la noche, aquellas mismas calles. La victoria iba al lado, junto á la acera; el criado detrás de él. Gustaba de la soledad, de hablar consigo mismo, y por eso, tal vez, no quiso casarse. ¿Leía mucho? No sé. De lo que estoy seguro, es de que se leía y se releía.

¿Quién era su mejor amigo? Acaso el cigarro.

Cuentan que en la conversación era donde más brillaba. . . no. . .

en donde más chispeaba el talento de Lerdo. Pero también refieren que su conversación era casi un monólogo. El interlocutor era para él un pretexto. No le hablaba: hablaba.

Al verle pasear, pensativo y solo, por las calles, me parecía que en él quedaba mucho del estudiante que acostumbraba aislarse de sus compañeros para ir, con el abierto libro en la mano, de un extremo al otro del patio, entre los arriates de azulejos; mucho del rector que atraviesa de noche el claustro vigilando las celdas de los internos.

Y hacía bien aquel hombre en encerrarse, por así decirlo, dentro de sí mismo. ¡Buen compañero era su preclaro entendimiento, que ora lo interrogaba, ora le respondía! No hay solitarios, no puede haberlos, morirían muy luego, porque la única soledad posible es la de la muerte. El solitario místico, el eremita, está con Dios y con la naturaleza. El solitario filósofo está con su pensamiento.

Alabo á estos hombres que sin ser ariscos ni hurafios, huyen de la sociedad siempre que pueden. El hombre más esclavo es el que tiene más amigos, el que está preso en una red de artificiales deberes. Para que el fruto madure, es preciso que los chicuelos no sacudan mucho el tronco de un árbol ni se encaramen por sus ramas, con peligro de troncharlas. El pensamiento ha manester de amplio espacio para abrir y desplegar su follaje.

* * *

El retraimiento en que vivía D. Sebastián hará probablemente dificultoso el estudio de su carácter íntimo. Él se ocultaba, y sólo aparecía en los momentos solemnes, para volver luego á esconderse en las nubes que envolvían á los dioses de Homero. No fué testigo de esos grandes triunfos, de esas grandes apariciones de él, y por eso no puedo juzgarlo. No quedan escritos suyos. . . . algunas notas diplomáticas. . . . unos cuantos discursos que ya perdieron el calor de la vida comunicada por la palabra. . . . pero queda una obra: la República.

El triunfo del orador es acaso el más grande. El ve, oye, siente ese triunfo que lo calienta, lo abraza, y lo alza en hombros. Para que el triunfo sea más grande, el vencedor siente el placer de con-

templar á los vencidos, de hacer esclavos, y de unirlos á su carro. Mas, por compensación, acaso esa gloria no vive tanto como la del que escribe alta y hermosamente. Necesita de la palabra, del ademán, de las circunstancias especiales en que el discurso se produjo. Nos figuramos cómo fué Mirabeau; pero no le conocemos como conocemos á Voltaire.

Imagináos, sin embargo, lo que sería Lerdo en aquella su primera y famosa aparición en la Cámara de Diputados, cuando aplastó con la maza de Hércules el tratado Wyke-Zamacona. Yo me figuro á aquella Cámara como una nave que iba á zozobrar: los rayos rasgan las nubes como sables de fuego lanzados al aire por rabiosos monstruos; el océano es aquí abismo que traga, allá montaña que se viene encima; las velas arden, cruje el maderamen; los pasajeros están lívidos, convulsos; insurrecta y colérica la tripulación; cayó el piloto al agua y se ha perdido el rumbo; todos piden con gritos y clamores que echen al mar los botes y que den los salva-vidas; y de súbito surge un hombre sereno que sosiega el tumulto, que apacigua el somatén, que infunde fuerza y valor con su palabra, que sabe cuál ha de ser el derrotero y en dónde está la playa próxima, que no teme á la muerte, que ase el timón y que es obedecido. Ese era Lerdo.

Desde entonces aquel hombre domina, tiene súbditos, tiene creyentes.

Lerdo orador, no tuvo nunca una derrota. Entraba el último al combate, no como los capitanes arrojados é impetuosos, sino como los caudillos previsores. La fuerza de su elocuencia no consistía en el valor ciego y fogoso, sino en la estrategia. Cuando la batalla parecía perdida, él entraba. Todos creían agotado el debate, y él, con raciocinios que parecían hachazos, demolía aquel debate, para abrir calle á otro. Sus contrarios—¡y qué contrarios!—habían ido por tal ó cual senda: él se levantaba á decirles: habéis perdido lastimosamente el tiempo; estáis descariados; la solución que buscamos no está por este rumbo sino por aquél. Todos habían olvidado algo, que era lo esencial, lo traía Lerdo. Diríase que se complacía en verlos perdidos, extraviados, tocando, á obscuras, la puerta de una casa que no era la suya; para llegar, al fin, con una antorcha, y decir, sin enojo, sonriendo y seguro de acertar:—¡Ea muchachos; por aquí!—

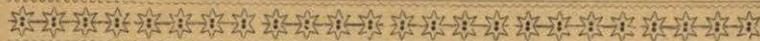
Si el poder del orador es difícil de ser apreciado debidamente ahora, al estudiar á Lerdo, difícil es también hacer plena justicia al estadista. En la política, las corrientes de la influencia personal no son visibles, como lo es el *gulf-stream* en las ondas. Lerdo procuraba ocultarse detrás de Juárez. ¡Siempre el solitario, desdeñoso del mundo y del aplauso! ¡Siempre el singular y taciturno personaje, que prefería, para mostrarse en público, el silencio y las sombras de la noche, al bullicio y á la claridad del día!

¿Quién precisará, deslindará, por decirlo así, la obra de este coloso? ¿Cuál fué su papel en el drama de Querétaro? ¿Cayeron de sus labios aquellas trágicas palabras que costaron la vida de Maximiliano?

Dado el carácter de Lerdo, debe ser suyo el desenlace de aquel drama. Tiene la inflexible rigidez de una sentencia dictada por el hombre de la ley. Fué el fin de un proceso. El sentimiento no interviene; las constancias procesales acusan, la República condena.

En la ausencia de la patria, en el exilio voluntario, Lerdo vivió con la misma indiferencia, con el propio menosprecio del presente. La política tiene también sus islas desiertas, á las que llegan algunos naufragos. En una de ellas murió González Ortega. Pero Lerdo no trepaba á la roca más alta para ver si divisaba en lontananza la vela de algún barco. Aquel Robinsón vivía tranquilo en el islote solitario.

Hoy, vuelve por el camino que le antipatizaba; por el que había salido primero con el arca santa de la ley. La República, su hija, lo recibe en su seno. La libertad, su amada, trae la corona de encina á su sepulcro.



OCHO DE SEPTIEMBRE.

La religión de la patria, como todas las religiones, tiene sus mártires jóvenes y sus mártires niños. Toda *Asunción* requiere ángeles. Esas figuras que aletean en la historia, esas que cifien con cendal de alas, grandes hechos; esa sangre, color de mirto fresco, que se encuentra en todas las revoluciones, en todos los impulsos hacia la libertad, son merecedoras de la inmortal frase de Lupericio: *¡Vuelvense dioses esos jóvenes, y en néctar vivificante tórnase la sangre que derramaron!*

En nuestra lucha con los invasores norteamericanos, el ejército se dividió; mezquinas rivalidades desvirtuaron el arranque patriótico, y en tanto que Santa Anna y el General Valencia disputaban, los alumnos del Colegio Militar morían. Esos muchachos fueron hombres en el día solemne que hoy conmemoramos. Para ellos no hubo disenciones, no hubo partidos, no hubo codicias: hubo patria.

Ella cubre hoy de laureles la tumba de aquellos que supieron morir por salvar su honra, y va, como enlutada madre, á llorar en la tumba de sus buenos hijos. Supieron arrancarse á los brazos de la juventud que tantas promesas les hacía, y arrojarse al abismo como los caballeros del Apocalipsis, antes que ver profanado el suelo mexicano. No laureles, pétalos de rosa han de arrojarse en esas tumbas, donde duermen los que fueron coronados con los azahares de la vida; no elogios sino himnos han de entonarse en el día de hoy. ¡Feliz aquel que joven muere por su patria, porque ese, desde niño, fué buen hijo!

En un instante inmortalizaron sus nombres: la gloria se los quitó á la vida en un instante.

¡Lluevan mirtos en esas frescas sepulturas! ¡Salga de ellas una voz tonante que diga: *¡Venid y ved cómo se muere por la patria!*

Si los alumnos del Colegio Militar no siguieran en parecidas circunstancias tan heróico ejemplo, serían traidores á su gloriosa tradición. Y no hay jóvenes traidores. La traición es la vejez de todo lo bueno y de todo lo noble.

Esos que se fueron de la vida, por defender á la madre, cuando aun estaban húmedas de besos sus guirnaldas, enseñan á morir con honra, y señalan el camino de la inmortalidad. Noche fué la muerte para ellos; pero sus almas, en esa noche, son estrellas.



EL MATRIMONIO.

CARTA Á ALFONSO.

Veo con pena que has tomado tu nombre muy en serio. De buena fe te juzgas un completo calavera, obligado por ende á hablar mal de las mujeres. El Alfonso de Alejandro Dumas (hijo), renegaba menos del sexo débil y tenía en mayor estimación el matrimonio. ¡Cómo ha de ser! Lo siento. Eres un soltero incorregible. Y mira tú qué caso, á mí los solteros que pasan de treinta años me dan asco. Se te ha metido entre ceja y ceja la singular idea de que la mujer es punto menos que un demonio, y enarbolas el pabellón del celibato sin ver ¡oh pecador impenitente! que huyendo de la mujer amante y buena, caes irremisiblemente en el abismo que abre esa turba de mujeres huérfanas de pudor, para los hombres que están en su oprobiosa servidumbre. Yo no creo que en el curato pierda el hombre otra libertad que la libertad de perderse. Tú, en cambio, caminas á todo correr á convertirte en lo que una amiga mía, de gran penetración y talento, llama *Un viejo de zarzuela*. ¿Comprendes el sarcasmo de la frase? Un viejo de zarzuela es un animal, es un animal netamente moderno, no conocido por Buffón ni clasificado por naturalista alguno, pero que no por esto deja de estar perfectamente señalado. Por lo regular, un viejo de zarzuela tiene de treinta á cuarenta años; es feo; padece reumatismo ó gota; anda despacio; suele usar anteojos; se levanta tarde, y pasa el día en hablar mal de las mujeres; por la noche acude invariablemente á la zarzuela y se sienta en las buta-

cas laterales; se encanta con las piruetas de las bailarinas y se entusiasma con el talento artístico de las coristas; en los entreactos sale siempre al foro — allí le conoce hasta el encargado de encender las velas, — y fumando un puro enorme, discurre por entre bastidores mirando con ojos de gato montés á las actrices. Bien puede verificarse un baile al que concurra la flor y crema de la aristocracia: si para esa misma noche se anuncia *Giroflé-Giroflá* ó *La Gran Duquesa*, nuestro solterón renuncia de buen grado y se arrellana alborozado en su butaca. ¿No te parece, Alfonso, que un viejo de zarzuela es un bicho perfectamente insoportable? Pues mira, tú, me temo que vayas á parar en ese estado.

Los primeros síntomas de esa enfermedad comienzan á manifestarse en tu carácter. Ya crees á pie juntillas que no hay mujer capaz de resistirte. Imaginas que todas las casadas te pertenecen por derecho de conquista. Eres muy capaz de ponerte en paralelo con César. Llegas, miras y vences. Tres ó cuatro victorias con gente de poco más ó menos, te han dado el derecho de decir que las mujeres honradas lo son porque no han encontrado manera de dejar de serlo. Sueñas una *Madama Bovary* al torcer de cada esquina, y tropiezas con una *Fanny* en cada puerta. Te ríes de los maridos y no piensas cuántos maridos deben haberse reído á tus costillas. Yo creo que cuando entras al teatro, á la ópera cómica, por ejemplo, y acomodándote en tu asiento comienzas á recorrer los palcos con el antejo, debes sonreírte de satisfacción, como diciendo: yo soy el vencedor: todo esto es mío. Te equivocas, Alfonso, te equivocas; si Molière hubiera vivido en nuestros tiempos, habría escrito una comedia inmortal: *El Don Juan Imaginario*.

Yo soy tu polo contrario. Mi inteligencia, como el reloj de *Passepartout*, marca una hora atrasada. ¡Imagínate que todavía creo en Dios, en la virtud y en la familia! Tú andas voceando por las calles que todas las casadas que conoces, tienen deseos vehementísimos de que las enamores; y yo — ¡desgraciado de mí! — no me he hallado todavía una casada sola que me dé alas para que me atreva siquiera á galantearla. Creo depende, acaso, de los círculos sociales que frecuentamos. Y no vayas á pensar que tu fortuna depende de tu mayor ó menor gallardía, de tu ingenio ó de tu desembarazo, porque tengo otro amigo horriblemente tonto, horriblemente necio y horriblemente insípido, que se jacta también — ¡*horresco referens!* — de ser un conquistador irresistible. ¿No te parecen, Alfonso, sobera-

namente ridículos esos calaveras de á medio peso el ciento que andan por ahí

Haciendo el Don Juan Tenorio
Con doncellas de labor?

Yo no he pensado nunca que el matrimonio, que tú atacas, sea miel sobre hojuelas, como quien dice. El matrimonio es una carga grave, y tan grave, que la Iglesia ha reconocido que se necesita la gracia de Dios para soportarla, y por eso ha instituído el Sacramento. Yo acepto el matrimonio con todos sus inconvenientes, con todas sus desventajas; estimo por de irreprochable certidumbre aquel adagio de la India, que dice que «el hombre no se completa hasta que no es hombre, mujer y niño;» no me imagino un hogar en el que todo sea vida y dulzura; sé que los niños se enferman, que lloran y se desgañitan, que han menester médico y botica, que la esposa se pone vieja, que los negocios suelen embrollarse. . . . y con todo esto te digo y te aseguro que no me arrepiento de haber defendido el matrimonio, que lo defiende y seguiré defendiéndolo, mal que te pese á tí y á tus iguales. No quieras hacerme una remesa de libros á propósito para convencerme. Mira, entra á mi pequeña biblioteca: aquí tienes desde la *Perfecta Casada*, de Fray Luis de León, hasta la *Fisiología del Matrimonio*, por Balzac; desde el *Amor*, de Michelet, hasta *Ces monstres de femmes*, de Pierre Veron; he tenido especial esmero en reunir cuanto malo se ha escrito sobre las mujeres; al leer tu carta he saludado á casi todas sus ideas, como se saluda á viejos conocidos; nada nuevo puedes enseñarme: juzga, pues, si será grande mi amor por la mujer y por el matrimonio, cuando ni Balzac, ni Alphonse Karr, ni Gustavo Flaubert, ni Ernest Feydeau, han podido arrancar de mi conciencia la idea de la santidad de la familia. Me echas en cara un cambio de opiniones, y por Dios que no he podido averiguarlo. Los versos míos que citas, sólo pueden demostrar que no creo en la eternidad de las pasiones. Esto es cierto; desgraciadamente soy poco poeta en la vida, y creo que este estado de fiebre y de locura que llamamos pasión, es transitorio y pasajero, tanto como durable y eterno es el amor. Creo que este amor, necesario para el matrimonio, es raro como el verdadero genio, como el verdadero juicio, como el verdadero mérito. Convengo con Dumas, á quien copio en esto, que la pasión puede á veces tener la honra de ser confundida con el amor. Puede engañar á los otros, porque á veces también

se engaña á sí misma, cosa que jamás han logrado ni la galantería, ni el capricho, ni el libertinaje, porque ya de antemano saben lo que quieren.

La pasión suele ser sincera y elocuente en modo irresistible. Puede aún alcanzar los méritos y los triunfos del amor, si el ser que la despierta es su objeto único durante una vida entera.

Ejemplo: Des Grieux. Aquí la pasión se nos muestra en toda su fuerza, y los extravíos, las locuras y los crímenes, forman su cortejo. Manón es absolutamente indigna de inspirar amor.

El castigo que sin medio alguno de evitarlo cae sobre ella, nos fuerza á compadecerla; la muerte, que no puede huír, nos obliga á perdonarla. ¿Por qué, pues, Des Grieux, en medio de todas sus faltas se eleva al rango de los amantes verdaderos, de los amantes inmortales? ¿Por qué se nos aparece igual á Pablo y á Romeo, por más que Manón esté muy lejos de Virginia y de Julieta? Porque la bajeza del objeto no muda la fuerza de la pasión, como la grosería del vaso no cambia la calidad del vino. Como Des Grieux no ama mas que á Manón; como nada nos permite suponer, ni él mismo puede imaginar que amaré, corriendo el tiempo, á otra mujer; como no abandona á la que ama sino hasta cuando viene la muerte á separarles, cuando le vemos intentar todo para salvarla, cuando sabemos que ha querido morir con ella, concedemos desde luego á esta pasión, culpable pero única, el mismo lauro que al amor.

No es menos cierto, como decía uno de mis amigos que tiene la singular idea de investigar el origen de las palabras más en las analogías que en las raíces, que la palabra *pasión* viene del verbo pasar. En efecto, si la pasión tiene por excusa el creer que es eterna, tiene por carácter ordinario y fatal el no serlo. Por grande que sea un incendio, por mucha que sea la luz con que ilumina el cielo, cualquiera que sea la extensión del espacio que devora, termina siempre por apagarse, y tanto cuanto ha brillado y consumido deja en ruinas y en desesperación, en soledad y en miseria. Tal es la pasión: devórase y consúmese en su propio fuego, mientras que el amor ocupa una vida toda, por larga que sea, y de tal suerte, que á la hora de la muerte queda aún bastante para llenar la eternidad. No, no habéis amado, si no habéis creído que después de la muerte ibais á amar siempre, eternamente joven, eternamente hermoso, al ser que amado hubisteis en la tierra. Por esto es, sin duda, por lo que la idea, y casi el deseo de la muerte, se mezclan casi siempre en el espíritu del hombre á los mayores delirios

del amor. La vida le parece demasiado corta y estrecha para contener lo que experimenta, y la eternidad que el amor divino le promete, no le parece ni demasiado grande, ni demasiado larga, para el coronamiento del amor humano. Opuesto á la pasión, el amor se alimenta de su propio fuego, sin agotarse ni extinguirse jamás. No es un fuego terrenal, es un fuego divino; no es un acaso, no es un choque imprevisto y súbito el que lo produce, la armonía universal es la que lo crea. El amor es el sol del alma: por eso es todo calor, todo movimiento, todo luz! No hay dos amores como no hay dos soles. No se pueden sentir, nunca dos amores. Quien ha amado dos veces, no ha amado.

Dumas es en esto un buen consejero, Alfonso. Yo, como él, niego la eternidad de la pasión y proclamo que el amor es eterno. El matrimonio es un crisol en que se verifica esta operación química: la pasión se transforma en amor, lo transitorio se hace eterno. Si yo hubiera redactado el Código, habría puesto entre los delitos el hablar mal del matrimonio; quien lo combate, combate á la familia, y, combatiéndola, combate á la sociedad.

Felizmente no pierdo la esperanza de verte convertido. Canta la palinodia y cástate. Desde hoy quedo invitado á tomar una taza de té con tu señora.





LAS MUJERES DE TALENTO.

Á B. BOLAÑOS.

Recuerdo haber leído en un viejo libro del P. Sanfrey estas palabras: «Madame Du Defand no tenía más que un solo defecto: ser dañina como la serpiente. Su maldad era la base de su inteligencia; y conviene saber, que su inteligencia era extremada.» Desde que mis ojos tropezaron con estas pocas líneas, juré para mis adentras no enamorarme jamás de ninguna mujer inteligente. Temía que tras la sagacidad de una Madama Staël, se me ocultara la pernicioso intención de la condesa du Barry. Lo confieso con franqueza: si en aquel entonces me hubieran preguntado cuáles eran las plagas á que más temía, mi respuesta hubiera sido ésta: los hombres tontos y las mujeres de talento. Dando vueltas, sin embargo, á este pensamiento, hube de tropezar con otra dificultad no menos grave: ¿podrá encontrarse la felicidad en el amor de una mujer tonta? Lealmente hablando, creo que con una mujer de esa clase debe ser insoportable el matrimonio. Y no digo el amor, porque tengo la convicción íntima de que una tonta nunca ama. Pero bien, ¿cuál es entonces la mujer que da la felicidad? Convengamos en que, desechando á las sabias por sabias y á las necias por necias, venimos á concluir desechando á todo el sexo femenino, y esta conclusión, por más que parezca lógica, no debe serlo ciertamente, porque yo, á pesar de todo esto, sigo sintiendo una vocación irresistible por el matrimonio. El problema, pues, debe tener una resolución sencilla y recta. Entre las eruditas y las no leídas, debe existir un térmi-

no medio que se ajuste admirablemente á la mujer soñada. ¿Cuál es? Antes de todo, conviene averiguar cuál es la que el mundo llama *una mujer de talento*.

Estudiaba yo principios de física con un viejo pedagogo, no muy bien querido por la tos y por la gota, el cual, á más de una levita que fué negra en la época de Revillagigedo, de una caja de rapé y de un bastón con puño de oro, tenía, si no me es infiel mi memoria, setenta años: excuso decir que se consideraba un sabio.

Veamos, maestro, preguntéle cierta vez: ¿quién tenía más talento: Madama Pompadour ó Luisa La Vallière?

Mi hombre tomó un sorbo de rapé, sacó su paliacate, lo desdobló, lo volvió á doblar, se puso las gafas, y me dijo:

—Madama Pompadour.

Esta respuesta fué para mí un verdadero sacrilegio. No entendía yo cosa de la Historia en aquel tiempo: mi biblioteca se componía casi por completo de novelas francesas y colecciones de poesías: era yo, en resumen, un tanto cuanto más insubstancial de lo que soy ahora; pero en cambio, mis estudios sobre el reinado de Luis XIV, hechos en las novelas de Alejandro Dumas Primero, habían concluído por volverme enamorado loco de Madama La Vallière. Yo sentía una vocación decidida para desempeñar el papel de Luis XIV. Soñaba con el parque de Versalles, y hasta aguzaba mi entendimiento para inventar un nuevo sistema destinado á disimular la cojera. Creo que hasta hacía versos á Luisa. Si Dios me hubiera concedido la facultad de resucitar muertos, hubiera ido á la sepultura de mi novia fantástica, la habría reanimado, y echando al olvido sus pasados amoríos con el rey de Francia, la habría ofrecido mi mano, mi corazón y mi dinero. Así es que, al escuchar las palabras de mi maestro, sentí una indignación muy semejante á la que debió sentir Otelo cuando Yago calumnió á Desdémona, y murmuré entre dientes: ¡Este pedagogo es un imbécil!

Más tarde, cuando ya no me enamoré de novias fantásticas, ni de heroínas de novelas, muchas veces, seriamente preocupado por el problema que expuse en el principio de este artículo, veníaseme, sin buscarlo, á la memoria, el diálogo que tuve con el pobre maestro. Madama Pompadour tuvo más talento que Luisa La Vallière! ¡Dios nos libre de las mujeres de talento! Aquella frase fué para mí un rayo de luz. Comprendí quienes son las mujeres que el vulgo llama de talento. Ví clara y distintamente como entre las sabias

y las necias hay un término medio, la mujer del hogar, la mujer eterna, verdadera y única, la mujer que ama! Para el vulgo, la mujer de talento es la mujer que está á un paso de convertirse en hombre. Sabe, escribe, habla, diserta, juzga; discute las controversias filosóficas; dirige los asuntos del Estado; puede levantarse en las academias; ir á la cátedra, manejar el escalpelo en el anfiteatro; pero, en cambio, no podrá ser una esposa querida, una madre buena, no sabrá amar; por consiguiente, tendrá el talento del hombre, que consiste en lograr los fines de la inteligencia; pero no el talento de la mujer, que consiste en lograr los fines de su corazón. ¡Ah! mi maestro se equivocaba: Madama Pompadour no era una mujer de talento. Madama Pompadour era un hombre de Estado. Yo no adivino alma femenil en este Richelieu con faldas, como tampoco la adivino en casi todas esas grandes damas del reinado de Luis XV. Aquel siglo XVIII fué el siglo de la mujer hecha hombre. Con aquel siglo ella es la razón que dirige, el principio que gobierna, la voz que manda. Es la causa fatal, el origen de los acontecimientos, la fuente de las cosas. Preside al tiempo como la fortuna de la leyenda mitológica. Nada se le escapa; tiene todo, el rey y la Francia, la voluntad del soberano y el poder de la opinión. La paz y la guerra, las letras, las artes y las modas vestían entonces trajes de mujer. No hay escándalos, no hay catástrofes que no procedan de la mujer, en aquella época llena de aventuras, de prodigios, en aquella historia surcida con escenas de novela. Desde la exaltación de Dubois al arzobispado de Cambrai, hasta el destierro de Choiseul, en todo lo que asciende como en todo lo que cae, se encuentra la mano de una Fulton ó de una du Barry, de una mujer, siempre de una mujer. De un cabo á otro del siglo, el gobierno de la mujer es el único gobierno visible y sensible; es el gobierno de Madama de Prie; es el gobierno de Madama Mayli, es el gobierno de Madama de Chateauroux; es el gobierno de Madama Pompadour; es el gobierno de Madama Du Barry. Así como Darwin juzga en su teoría del transformismo que las especies se fueron metamorfoseando en evoluciones progresivas hasta que el mono se convirtió en ser humano; así puede decirse, que la mujer se convirtió en hombre, en aquel siglo.

Pero estas no son seguramente las mujeres de talento que deben buscarse. La Pompadour fué una esposa abominable. Como la mujer viene á realizar en la vida fines muy diversos de los que

viene á realizar el hombre, debe juzgarse de su inteligencia, con un criterio también distinto. Dios puso una gran parte del talento de las mujeres en el corazón. La ciencia de la mujer no consiste en amar, sino en saber amar; cuando hija, á sus padres; cuando esposa, á su esposo; cuando madre, á sus hijos. Cuando nosotros aprendemos á ser letrados, ellas deben aprender á ser madres. En la educación es donde debe ejercitarse la inteligencia. El hogar es una cátedra. Una madre buena, es una mujer de talento. La educación es un resultado de dos fuerzas unidas: la fuerza intelectual, que debe derivarse del padre, y la fuerza del amor, que nace de la mujer. Pero saber amar, es más difícil de lo que á primera vista nos parece. Hay amores imbéciles. El amor debe ser prudente y previsor. Naciendo del corazón, ha de vivir de acuerdo con el entendimiento. Antes del cristianismo no se comprendía el amor: por eso lo pintaban ciego.

Lamartine dice que: «la mujer, inferior en su ser físico, es superior al hombre por su alma. Los galos le atribuían un sentido más, el sentido divino. Y tenían razón. La naturaleza las ha galardonado con dones dolorosos pero celestiales, que las elevan de la condición humana: la piedad y el entusiasmo. Por la piedad se sacrifican, por el entusiasmo se exaltan. ¡Exaltación y sacrificio! ¡Las dos partes de que se compone el heroísmo! La mujer tiene más imaginación y más corazón que nosotros: en su imaginación reside el entusiasmo; en su corazón el sacrificio. Las mujeres, pues, son más naturalmente heroicas que los héroes. Y cuando este heroísmo tenga que ascender hasta lo maravilloso, de una mujer debe esperarse el milagro. Los hombres se detendrían en la virtud.»

Yo no creo, como Lamartine, que el alma de la mujer sea superior á la del hombre. La creo perfectamente distinta. Por eso me enoja verla fuera de su órbita, invadiendo los dominios del hombre. Quiero mirarla en los hospitales, pero como hermana de la caridad, no como médico: El sacerdocio de la mujer es todo de amor y de consuelo. No cierro tampoco para ella las puertas de las letras y del arte; pero quiero que este arte sea como el de Madama de Sevigné, por ejemplo: la expresión bella del amor solícito de una madre. En el arte, el principal oficio de la mujer es el de inspiradora. Pocas concepciones bellas se han desarrollado sin su auxilio. Todos tenemos en el fondo de nuestro espíritu un ideal al que se ajustan nuestras creaciones. Hay una imagen querida en nuestra imaginación,

que proyecta su sombra en el papel cuando escribimos. Ayer fué nuestra madre; hoy, nuestra novia; mañana, nuestra esposa; después, nuestra hija. Yo mismo, al trazar estas líneas, guardo en mi espíritu un ideal que me sonríe. Busco los secretos del talento en el océano negro de sus ojos. La virtud tiene para mí un nombre: el suyo: Si fuera escultor para hacer la estatua de la hija cristiana, la hubiera copiado en esos momentos de abandono delicioso, en que reclina la cabeza en las rodillas de su madre para hacerla sus castas confidencias. Si me fuera posible, haría á todas las mujeres á su semejanza. Sólo una cosa guardaría exclusivamente para mi ideal, sin compartirlo con las demás mujeres: el amor.

¡Ah! no saquemos á la mujer de su esfera. Dejémosla en el hogar, y aprovechemos allí su imponderable fuerza. La necesitamos para atravesar la vida, como el cielo necesita las estrellas. Dante no se hubiera atrevido á bajar solo los círculos tenebrosos del infierno, por eso se acompañó de Virgilio, un alma femenil, como de poeta.

Tengo á la vista una obra en tres tomos, escrita por una *miss* filósofa, sobre la cuestión social en Inglaterra. En cambio, conozco á una dama que nunca ha pensado en escribir disertaciones estadísticas, pero ha sabido educar á sus hijas. Si se me pregunta quién de las dos tiene más talento, contestaré sin vacilar que la segunda. Su obra es una obra en tres partes, que revela mucha más inteligencia, y sobre todo, más amor, que los tres volúmenes anti-socialistas de la dama inglesa.

